

Este volumen muestra la apertura mental del Instituto abierto a la confrontación constructiva de diversos puntos de vista, la vitalidad de sus planteamientos y fines y la vigencia y actualidad de la perspectiva clásica y cristiana de la justicia objetiva y la naturaleza de las cosas.

No se trata del «eterno retorno del derecho natural», puesto que jamás se produjo un corte en la cultura occidental que lo abandonara totalmente, a menos de excluir a España de ese ámbito cultural, lo que no es de recibo. Se trata, simplemente, de meditar las palabras de Cicerón recordadas por Gentile (pág. 30): «Sólo un demente puede pensar que la distinción entre la virtud y el vicio sea fruto de meras opiniones personales y no de la misma naturaleza humana». No sólo el más puro positivismo —cual parece ser el de Mazzotti di Celso—, sino otras corrientes algo más mitigadas por historicismos o sociologismos del signo que sean, ni siquiera la consideración de los derechos fundamentales como criterios morales de significativa importancia para la convivencia, son aptos para ello, pues la arbitrariedad hace su entrada por la vía del relativismo, cuando no se establece, lisa y llanamente, desde un principio. Otras palabras de Cicerón —en las que señala que si las leyes o los derechos se basaran en la voluntad, «¿iban por eso a ser justas esas leyes?» y serían justos los robos, las falsedades o la suplantación de testamentos «siempre que tuvieran a su favor los votos o los plácemes de una masa popular»—, bastarán para recordarlo. Como reiteradamente indica Vallet de Goytisolo, la justicia es esencial, y ésta ha de buscarse en la naturaleza y en el orden natural, a sabiendas que esa búsqueda en ocasiones será aproximativa y provisional. Pero esta es la limitación propia del hombre. Lo contrario es la justicia utópica, que expulsa a la verdadera, o la justicia divina, propia sólo de Dios. Y cuando los hombres juegan a ser dioses no pueden ser más que aprendices de brujo.

MARÍA DEL CARMEN FERNÁNDEZ DE LA CIGONA

Vittorio Messori: LEYENDAS NEGRAS DE LA HISTORIA (*)

Vittorio Messori es un periodista italiano, católico converso y militante, que se dio a conocer en España con su entrevista al cardenal Ratzinger, el resonante «Informe sobre la Fe», y luego

(*) Editorial Planeta, Barcelona, 1996, 267 págs.

con haber propuesto el cuestionario a Juan Pablo II que se convirtió en el libro de éste *Cruzando el umbral de la esperanza*. Más recientemente se ha publicado aquí *¿Padeció bajo el poder de Poncio Pilato?*, sobre la historicidad del Evangelio.

Nos llega ahora *Leyendas negras de la Iglesia*, un libro que recoge una selección de sus artículos periodísticos regulares, extraídos de tres títulos italianos.

Se trata de un libro apologético sin rebozo, de acrisolado criterio católico, compuesto de artículos breves, bien escritos y plagados de ideas punzantes, con notable universalidad de conocimientos y libertad de espíritu, que ha de hacer un gran bien al público lector español —sale en una de nuestras principales editoriales, con lo que será abundantemente distribuido— y al que la única pega que se le puede poner procede de su naturaleza periodística original: sabe a poco lo dicho de cada asunto y, sin embargo, apetecería que nos guiara por muchos más temas.

Dicho lo anterior, no podremos sino elegir arbitrariamente algunos de los muy varios aspectos del libro para comentarlos.

* * *

El prefacio, a cargo del Cardenal Giacomo Biffi, es ya una joya por cuanto entra en materia directamente y sin paliativos, justificando la necesidad de la apologética desde el primer párrafo: «Cuando un muchacho educado cristianamente por la familia y la comunidad parroquial, a tenor de los asertos apodícticos de algún profesor o de algún texto empieza a sentir vergüenza por la historia de su Iglesia, se encuentra objetivamente en el grave peligro de perder la fe». Y luego proseguirá advirtiendo: «Nos encontramos literalmente sitiados por la malicia y el engaño: los católicos en su mayoría no reparan en ello o no quieren hacerlo», por el contrario, «lo que especialmente caracteriza nuestra época es el principio de que no se debe reaccionar: la retórica del diálogo a toda costa, un malentendido irenismo, una rara especie de masoquismo eclesial parecen inhibir todas las defensas naturales de los cristianos, de manera que la virulencia de los elementos patógenos puede realizar sin obstáculos sus devastaciones».

Gracias a Dios, el género apologético está retornando, y se explica así el éxito de los libros del anglicano C. S. Lewis, editados uno tras otro por Rialp y Encuentro, como si la pugnacidad necesaria del género no tuviera cultivadores católicos, o fuera preferible ampararla bajo la salvaguardia del «y eso que no es católico».

El Cardenal Biffi da la clave aquí del tono general del libro: no se trata sólo de restablecer la verdad, sino de proteger la fe de aquellos que pueden perderla convencidos de que la historia del catolicismo es una vergüenza. Para tranquilizar su espíritu no bastará afirmar la verdad («sin entrar en debates»), sino que habrá que dirigirse también a la afectividad del lector, descubriéndole la superioridad de la Iglesia y la mala fe de sus acusadores, que no están libres de pecado sino más bien cargados sus ojos por vigas.

Porque, como no se trata de simples errores históricos, sino de un frente más de lucha anticatólica, la frialdad asertiva está contraindicada o, al menos, resulta coja, insuficiente. Cuando no se hace historia, sino que se hace guerra de propaganda con la historia como pretexto, existe el deber de tomar una actitud beligerante, que defienda y que contraataque.

Para restablecer la verdad bastaría la explicación minuciosa que justificara. Pero se hacen precisas también la comparación y la retorsión.

La comparación es necesaria por tratarse de materias históricas: hay que juzgar las actitudes según su época, no desde nuestro presente. La Iglesia, incluso en sus defectos, ha estado siempre en lo más alto de la humanidad.

Y hace falta poner en evidencia al acusador para probar la tendenciosidad de su testimonio, puesto que lo que busca no es tanto asentar una afirmación histórica cuanto desacreditar a la Religión Católica.

* * *

Desde el punto de vista de la apologética histórica, casi la mitad de la materia está dedicada a temas hispánicos.

Para el lector español vulgar será una ocasión infrecuente de ver rebatidas distintas leyendas negras, e iluminadas muchas páginas oscurecidas acerca de la evangelización de América, los judíos, la Inquisición, los cristeros y los mártires de 1936, con la ventaja de proceder de un extranjero, pues, de otro modo, la defensa y glorificación de nuestra patria casi se tiene por extemporánea y no admisible.

Para el lector español ya documentado contra la Leyenda Negra hispanófoba, encontrará en ello resúmenes agradables de cuestiones conocidas, y le serán más útiles las indicaciones sobre el caso Galileo, las riquezas vaticanas, el sustrato protestante del apoyo al nazismo, y otros varios más lejanos a nosotros.

De todas maneras, hay que agradecer que saque a la luz una constatación que hispanoamericanos y peninsulares, por patriotismo o delicadeza, solemos omitir: «nunca se reflexiona sobre lo que ocurrió después del dominio español»: cuando los libertadores contaminados por la masonería introdujeron de hecho el «protectorado» norteamericano, es cuando empeoró drásticamente la situación religiosa, social y cultural de los indios al sur del Río Grande.

* * *

Pero la apologética en el frente histórico pasa rápidamente de lo factual a lo conceptual. Es el caso de la pena de muerte y, sobre todo, del liberalismo nacido de la Revolución Francesa.

De la pena de muerte Messori recalca la frivolidad con la que algunos pretenden cambiar la postura católica, sin querer advertir que, de hacerlo, se la convierte a aquella en cómplice milenaria del homicidio, legalizado pero inmoral, en que consistiría, con «devastadoras consecuencias». En realidad, dice, no es la fe, sino la irreligión de este siglo, la que se opone a la pena capital, por cuanto se concibe como la privación de la única vida que se contempla en el individuo, en vez de como una expiación que anticipa pero no trunca el paso a la vida eterna.

Más interesante es el capítulo dedicado a los derechos humanos. No deja de recordar el genocidio ideológico y pregonado de la Vendée, o los desmanes del abate Grégoire, para situar el origen del actual liberalismo. Y aunque sin entrar a fondo, constituye una bocanada de pensamiento limpio que un autor conocido, en un libro para el gran público, exponga algunas verdades sencillas. Empezando porque no hace mucho tiempo la «democracia formal», que ahora se canoniza, era anatematizada por idénticos progresistas en nombre del socialismo real.

Messori enuncia la preferencia tradicional por una visión de «deberes del hombre» —el Decálogo—; que los derechos del hombre carecen de fundamento si no se entienden como otorgados por el Creador, de modo que el resultado inevitable de su violación cotidiana «ya lo había previsto la Iglesia, confirmando de hecho una desconfianza secular». Y se atreve a decir que el «motivo principal por el cual el pensamiento cristiano (y especialmente católico) se ha resistido durante tanto tiempo a aceptar en su conjunto y sin reservas "Declaraciones" como las de la Revolución francesa y de las Naciones Unidas. En ellas, en efecto, se considera ilegítima y arbitraria cualquier autoridad que no derive ex-

presamente del pueblo a través del voto». Pero ello es opuesto a la existencia universal de autoridades naturales, empezando por la familia e incidiendo particularmente en la Iglesia, dado que ninguna religión es «democrática». De ahí que hay que ser conscientes del peligro de que «la aceptación de una determinada mentalidad por parte católica lleva lejos de la estructura de la fe, que, sin embargo, se dice querer seguir practicando».

* * *

Sorprende particularmente en Messori su libertad de espíritu, su carencia de respeto humano. Que se atreva a salir siempre por los fueros de la justicia y la verdad: así, se atreverá a romper una lanza por la administración de los reyes españoles en Italia, contra el prejuicio nacional allí forjado.

Se manifiesta así incluso por causas extremadamente impopulares y que él no deja de condenar: considerando la oscura condena de Rudolf Hess en Nüremberg, aludirá a los crímenes impunes de los vencedores, jueces y parte, y a la irregularidad de unos tipos penales retroactivos: «Que quede claro: desde el punto de vista moral, estos tipos merecían semejante fin. Pero a nivel jurídico es otro asunto...». También recordará que «el odio anticatólico (no hay otra explicación) llevó a resquebrajar el esquema "civilización angloamericana contra la barbarie alemana"», en el caso del bombardeo de Montecassino, donde los alemanes hicieron el papel de amigos de la civilización. Y hasta se hace eco de la necesidad de revisar, reduciendo hasta una tercera parte, la cifra jintocable! de los muertos en Auschwitz.

Desde otro punto de vista, en el tema de la pena de muerte no sólo se ha servido, sino que literalmente ha seguido y reproducido extensos pasajes del libro *Iota unum* de Romano Amerio (1), por encontrarlos acertados, pese a que su tono sea muy crítico con las autoridades postconciliares.

* * *

Pero lo que más me ha impresionado del libro de Messori es un brevísimo capítulo, titulado «Los iberos», en que sostiene la tesis de que el papel histórico de España, es que «de la Península Ibérica salen siempre los hombres que tienen como singular ca-

(1) Recefiado por José Miguel Gamba en *Verbo*, núm. 333-334, págs. 425-429.

risma su fidelidad a Roma»; en suma, la particular catolicidad de las Españas.

Reconozco que cuando lo leí me emocionó, y de una especie de rubor patrio pasé a una cierta depresión pensando: «no sabe lo que dice, la mayoría de los españoles no se identifican ya con esa historia».

Pero, pensándolo mejor, el propio libro de Messori no solo trae una esperanza nueva para los católicos españoles, sino un motivo de particular aliento para los que cultivamos la tradición nacional. Puede que las voces tradicionales estén ahogadas, pero su eco permanece y vuelve reforzado: los autores que cita nuestro converso autor, identificándose con ellos, son todos contrarrevolucionarios e incluso amigos de esta casa, los mismos que hemos reseñado o citado: Jean Dumont, Reynald Sécher, Régine Pernoud, Alberto Caturelli, Marco Tangheroni, el Solzhcitsin del discurso de Harvard, Romano Amerio, etc.

Dijo Salazar que no se sabe nunca hasta dónde pueden llegar los ecos de una voz, aun cuando se tenga la impresión de predicar en el desierto. Y se comprueba. Los católicos que buscan serlo con la integridad de la coherencia reencuentran naturalmente el conjunto de la cultura católica tradicional y lo vuelven a enarbolar y divulgar.

En este libro se nos da la recompensa de ver alcanzar gran audiencia a las predicaciones aparentemente más solitarias.

Aparte de algún error mínimo —llamar emperador a Felipe II, hacer posterior la expulsión de los judíos castellanos y aragoneses a la de los portugueses, en realidad ocurrió en 1497— (págs. 73 y 31), creo que es deber del crítico amante del castellano protestar una y otra vez por el descuido de la calidad en las traducciones, hasta que las editoriales atiendan a su remedio.

No es afortunado, traduciendo de religión, el uso del término «obispa» por episcopal (pág. 203) o «dominicanos» por dominicos (pág. 125), aun cuando sea admisible (si deseamos distinguir entre hijos de Santo Domingo nacidos en La Española o profesos de su regla), ni, sobre todo, es aceptable esa misma atracción por los términos foráncos del original que conduce a hablar de «clericales» por clérigos (pág. 27) y a criticar a unos «iluministas», e incluso «iluminados» (págs. 23, 47, 61 ...), que dejan fuera de la censura al término español correspondiente y acuñado: ilustrados (2). Para el lector poco avisado merecerá así

(2) Para el Diccionario de la Real Academia «iluminismo» tiene la única acepción de sistema de los iluminados y éstos se dicen los pertenecientes a la secta herética y secreta fundada en 1776 por el bávaro Weis-

reparo un «iluminismo», desconocido en estos lares, pero no se prevendrá contra la Ilustración, que permanecerá intacta y laudable.

* * *

Pero lo importante es que recomendamos vivamente un libro de fácil y provechosa lectura, que estimula la alegría de ser católico en la misma medida en que deshace las insidias y falsedades, y que, como iniciación, incitará a profundizar en la verdadera y gloriosa historia de la Iglesia y de la civilización católica.

LUIS MARÍA SANDOVAL

Alain Minc: LA MAQUINA IGUALITARIA (1987) y LA BORRACHERA DEMOCRATICA (1995) (*)

El autor, nacido en 1949, es una rara combinación de gestor empresarial y periodista con pretensiones intelectuales. Es, además, presidente de la Sociedad de lectores de *Le Monde*, de tanta influencia en los *media*. En España tiene publicadas tres obras, las dos aquí analizadas y *La Nueva Edad Media*, que vimos en VERBO 344, págs. 279 y sigs. Las tres forman un cuerpo de doctrina sociopolítica de cómo ve el autor la situación actual, al menos desde su perspectiva francesa que es importante por su innegable influencia, histórica y cultural, en el mundo occidental.

Minc, en *La máquina igualitaria*, empieza señalando que «como mero sueño, la igualdad no ha dejado de avanzar; una vez hecha realidad, empieza a retroceder... El mapa de las desigualdades se recompone sin tener nada en común con los que siguen desplegando, por necesidad de justificación, el Estado y sus apéndices sociales» (pág. 7), palabras que resumen la tesis de la obra. Se completa este inicio con las conclusiones finales: «Surgirán nue-

haupt, o se remiten a los herejes «alumbados» del siglo de oro español. El Diccionario de María Moliner incluye también el sentido genético de «persona que se cree inspirada por un poder sobrenatural para conocer lo que otros no pueden saber o para llevar a cabo una misión trascendental».

En cambio, en ambos diccionarios, con variantes, «Ilustración» posee el sentido de movimiento filosófico y literario del siglo XVIII racionalista y secularizador y aquella época en que prevaleció.

(*) ALAIN MINC, *La máquina igualitaria*, Ed. Planeta, 1989 (págs. entre paréntesis). *La borrachera democrática*, Ed. Temas de Hoy, 1995.